

RELIGIÓN Y PATRIA

Fundado en el año 1.906

Gijón, mayo de 1951

Núm. 987

PERIODICO MENSUAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Fundador JUAN ORTEA FERNANDEZ

Precio de suscripción
Cada 5 números mensuales,
pesetas 1,50 al mes

"Este precepto os doy: amaos los
unos a los otros como yo os he
amado".
(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:
Muralla, 7- 1.º Telf. 3988
GIJÓN

La tata Antonia

LOS recuerdos de la tata Antonia, el primer cariño volcánico de mi niñez, son en mí un tanto arbitrarios, como lo suelen ser todos los recuerdos infantiles. Sin embargo, como las primeras ideas nacen siempre de las imágenes, de los recuerdos de la tata Antonia nacen mis ideas, un tanto escépticas y tolerantes, acerca de los sentimientos humanos.

La tata Antonia es hoy para mí un conjunto desordenado de imágenes borrosas: un pelo negro y tirante y lustroso; un acento andaluz, porque era de aquella región; un broche que llevaba siempre, con un gallo de metal, cuya cabeza era un rubí falso; un olorillo de polvos de almidón, y, luego, finalmente, un cuarto, su cuarto, donde me llevaba algunas veces, después de anunciármelo mucho, cuando me portaba bien.

Su cuarto olía, lo mismo que ella, a polvos de almidón. Lo más de notar en su cuarto era una cómoda con cajones. Encima tenía muchas estampitas de santos, con floreros y lamparillas de cristal de color. Mi mayor ilusión era que me abriera los cajones y me enseñara las mil cosas que allí guardaba: un alfilerero de marfil viejo; unos muñequitos hechos en madera recortada por los indígenas de Manila, regalo de un pariente suyo que era camarero de un barco; un paisaje modelado con pasta de arroz en el interior de una botella, trabajo de un presidiario, etc. Siempre eran las mismas cosas, pero a mí me causaban siempre el mismo entusiasmo, porque estaban en un cajón, bajo llave, y la tata Antonia lo abría con misterio.

También recuerdo que me leía un librito con grandes letras y estampas, en el cual pasaban cosas sencillas y morales, sobre la base de un niño bueno llamado Juanito, otro malo llamado Pablo, y el padre del primero, que era sentencioso y lo sabía todo. Recuerdo, por cierto, que la formalidad de Juanito y las graves sentencias de su padre llegaron a hacerme concebir cierta admiración inconfesada y criminal por Pablo.

La tata Antonia, además, me quería de un modo arrebatado y fogoso. Las imágenes de aquel cariño son en mí puramente materiales: unos brazos membrudos y arremangados que me cogían del suelo; luego, durante la ascensión, unos calificativos arbitrarios: «monín», «príncipe de plata», «clavel de seda»; luego, el aroma de polvo de almidón y, al fin, un fuerte restallar de besos sonoros. Recuerdo que a menudo, mientras me besaba, me pinchaba yo las rodillas con el alfiler del gallo y el rubí que llevaba en su pecho.

Acostumbrado, pues, a verme querido y mimado por la tata Antonia, tenía confianza plena en su cariño. Lo consideraba infinito y eterno. Porque es falso decir que lo infinito y lo eterno es inconcebible. Todos los niños lo conciben antes que nada. Lo que tardan en concebir es la idea del límite.

Pero de pronto, un día me dieron una noticia desconcertante. La tata Antonia se iba a su pueblo, a Lebrija; yo lo había oído nombrar, en casa, mil veces, pero no había llegado a sospechar que fuera un pueblo real donde efectivamente pudiera irse la tata Antonia.

La separación fué terrible. Al besarme la tata Antonia me llenó toda la cara de lágrimas. ¿Lloraba... y se iba, sin embargo? ¿Por qué? Me contestaron: «Es que va a casarse». Seguía sin comprender. ¿Lloraba... y se casaba, sin embargo? ¿Por qué? Todo aquello era desconcertante; pero yo no preguntaba, porque hay un instinto seguro que les advierte a los niños lo que no deben preguntar.

Cuando se fué, yo me arrojé sobre la alfombra de la sala llorando y pateando. Todos me aseguraban que volvería; pero yo no hacía caso. Me trajeron mis juguetes; pero como todos me eran conocidos, los rechacé con dignidad. Entonces, de una tienda que había frente a casa me trajeron un muñeco, que era un mono peludo que, tirando de un cordoncito, movía la boca y los ojos.

Aquello me hizo sonreír a través de las lágrimas, y poco después, sentado en el suelo, empecé a tirar insistente-

mente del cordoncito.

De este modo me consolé del primer gran dolor de mi vida.

Aquella marcha de la tata Antonia y aquella rápida sustitución en mi afecto por el mono que movía los ojos y la boca, quebrantaron no poco mis ideas radicales acerca del amor de la tata Antonia.

Sin embargo, de vez en cuando, mi vieja pasión se recrudecía. La tata Antonia venía a casa algunas veces, a vernos a todos. Al principio me causaba cierta cortedad; pero en seguida se me pasaba, y mi amor renacía en toda su fuerza, porque la tata sacaba de su pañolón unos papelones con tortas de almendras, que decía que eran especialidad de su pueblo. Luego me besaba sonoramente, me contaba los cuentos de antes y volvíamos a nuestro antiguo idilio. Cuando se iba, yo lloraba y pateaba siempre, y había que consolarme con juguetes y dulces.

Al fin, un día me dijeron que a la tata Antonia le habían traído un niño como yo. Yo no comprendí bien; pero otra vez un instinto secreto me aconsejó no preguntar. Desde entonces hablé poco de ella, y la sentí instintivamente más lejana.

Aquella vez tardó cerca de un año en venir a casa. Al fin, vino. Mis padres le dieron mil enhorabuenas y le preguntaron por qué no había traído a Pedrito. Ella dijo que lo había dejado con su padre, y luego añadió que era un sol, pero que era «el mengue» y la hacía pasar mil sofocaciones.

A todo esto se dió cuenta de que yo estaba delante de ella mirándola. Entonces me besó sonoramente, diciendo: «¡Ay, clavel, que no te había visto! ¿Cómo estás tú, rico?»

Y antes que yo contestara, siguió contando a mis padres con gran ternura que su Pedrito, cuando se le ponía un fósforo junto a la boca, soplaba y lo apagaba.

Mis padres, a su vez, le refirieron que yo había estado malo. Ella me tomó la barbilla, diciendo: «¡Pobrecillo!» y, en seguida, sin indagar más, refirió que su Pedrito también lo estuvo, pero que se había quedado con mejor color que yo.

Entonces yo sentí opresión en el pecho. Comprendí vagamente todo el egoísmo del amor, y se me saltaron las lágrimas, pero me mordí los labios.

Sin embargo, la tata Antonia lo advirtió y lo interpretó de un modo bajo y ultrajante.

—¿Qué te pasa, monín? ¡Ay, ya comprendo! Con la prisa de la salida se me olvidaron esta vez las tortas de almendras. No tiene una cabeza para nada. Pero descuida, rico, que en cuanto vuelva a Lebrija te las mandaré...

Yo entonces giré sobre los talones y salí del cuarto diciendo con dignidad:

—No quiero tortas de almendras...

José M.^a Pemán

CHARLA

—¿Qué dice el médico? ¿Cómo me encuentra?

—No te encuentra del todo mal. Dice que es pesado, pero que te pondrás bien.

—Es inútil que pretendáis engañarme. Lo veo en vuestras caras, y lo adiviné en los ojos del médico. Sé que no tengo remedio.

—No exageres, hombre, es cuestión de tiempo. Sanarás.

—No. Lo sé. Esto se acaba.

—No te excites. Descansa y duerme tranquilo.

—Es imposible, mujer. ¿No te das cuenta de que no me haces ningún bien engañándome? Sé la verdad y sé también que me muero dentro de poco. Mi mal es incurable.

—Estás equivocado. Si estuvieras grave estaríamos todos más preocupados, y ya ves... no lo estamos.

—Aparentáis tranquilidad y veo en vuestros ojos la pena de mi próxima muerte. Siento las ausencias de mi cuarto, tuyas y de mis hijos, con más frecuencia y adivino, que es porque os dá pena estar conmigo, sabiendo que pronto me iré de vuestro lado.

—Por Dios, esposo, no hables así, que entonces me harás llorar de verdad.

—Todos me quisistéis; todos procurabais mi bienestar, pero ahora ha llegado un momento de gran inquietud para mí.

—No pienses en nada. Déjate tranquilo que estamos todos aquí atendiéndonos, sin inquietudes, porque tú te pondrás bueno y volveremos de nuevo a nuestra vida de siempre.

—Yo no. Yo estaré ante Dios, que me habrá de juzgar.

—No sigas, no sigas, que has conseguido hacerme llorar.

—Pues óyeme, esposa, escúchame que es este el momento para mí más solemne.

—Te oigo. Pero no me apenes con tus palabras tristes, que no hay motivo para ello.

—Tú sabes muy bien, que sí. Que me muero, y no quiero morirme sin arreglar mi preocupada conciencia con Dios.

—Pero hombre, no te alarmes así. Si estuvieras grave, ya nos ocuparíamos nosotros de avisarte y llamar un sacerdote.

—Más tarde... será tarde.

—¡Si tú, fuiste muy bueno para todos! Nada tienes que confesar.

—Hace muchos años, que una preocupación de conciencia me atormenta.

—¿Qué dices? ¿Es algo grave?

—Para mí... gravísimo.

—¿Qué es ello? por Dios.

—Tú sabes, que cuando nos casamos era yo pobre. Vivíamos de mi trabajo honrado, apuradamente, pero con honradez. Después... se me presentaron aquellos negocios, muy poco limpios, gané mucho dinero; arruiné a bastantes: hubo hambre en mi derredor, hubo víctimas de mi ambición, fui rico a costa de la miseria ajena...

—¡Oh! esposo, no hables así. Trabajabas mucho y claro ganabas mucho también.

—Yo sé que fué con malas artes; con robos aparentemente legales; con inmoralidades, abusos de confianza, y lo que es peor a costa del hambre de muchos...

—Exageras, exageras.

—Me lo dijo siempre la conciencia y esa no engaña. Fuimos ricos; ocupasteis todos en esta casa un lugar importante en la sociedad. Hoy somos una «personalidad» en la vida social; pero todo ello a costa de mi conciencia, a costa de mi alma que la reclama el demonio, porque es suya.

—No... no.

—Déjame hablar hasta el fin... A costa de esta enfermedad, que se ha cebado en mí como castigo bien merecido.

—No digas eso, esposo. Te encuentras algo cansado y no razones bien.

—Si razono, sí. Ahora mejor que nunca. Ojala entonces hubiera visto tan claro como ahora. Quiero arrepentirme; quiero confesarme; quiero que Dios me perdone. Llama un sacerdote que venga pronto, que me siento morir. Si me queréis, no me dejéis que me muera desesperado y con la sentencia terrible de Dios sobre mi alma.

—Cálmate, cálmate. Estás delirando. No sabes lo que dices. Cálmate.

—Dios me exige para mi perdón, que restituya todo lo robado, todo. ¿Sabes lo que eso significa, esposa? Vuestra ruina, vuestra miseria: la vuelta de todos vosotros a la vida de trabajo honrado. Trabajando tú, trabajando mis hijos, luchando en la vida todos vosotros. Ese, ese es el precio que habréis de pagar para que Dios me perdone.

—Bueno, bueno. Estás nervioso. Necesitas calma y tranquilidad. Estás soñando y una taza de tila, te tranquilizará los nervios. Siempre que viene el médico te asustas. Y no hay motivo.

—Tú sabes que lo hay, y que está muy próxima mi muerte. Y yo... lo adivino, esposa.

—¿Cómo vamos ahora a devolver todos nuestros bienes, adquiridos con tu trabajo y quedarnos sin nada para volver a empezar de nuevo?

—Esa es mi preocupación también. No os faltará trabajo. Entregad todo a los pobres que yo hice... si aun vive alguno. Y vosotros a trabajar. Si no lo hacéis será mi condenación eterna.

—Bueno, cambiaré impresiones con nuestros hijos, que ellos decidan si lo creen conveniente.

—Yo os hice felices a todos: os llené de dinero, de comodidades, de lujo, a costa de mi conciencia. Hoy os pido que lo abandoneis todo, para que Dios me

perdone.

—Descansa un rato y mañana hablaremos con más calma.

—Es inútil, esposa... me ahogo... ¿no lo ves?... me estoy muriendo... pronto... pronto... un sacerdote... llámalo... devuélvelo todo... que Dios me perdone...

Don Justo

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

En la vida de Jesús de Nazaret, destaca entre sus muchas virtudes, la sencillez, la humildad, el amor al prójimo, al necesitado...

Varias veces el Maestro, condena el pecado de escándalo con fuertes palabras. A través de su vida pública, contemplamos admirados las escenas que nos cuenta el Evangelio, en las que destaca el afecto, el amor a sus semejantes, la condenación de las riquezas por peligrosas, y procurando siempre elevar al humilde, levantar al caído, dar la mano al que se inclina dolorido ante la adversidad y el dolor.

Sin embargo, son sus palabras duras y su gesto triste y dolorido, cuando habla a los hipócritas, o del pecado de escándalo.

«¡Ay de vosotros! fariseos, que buscáis las primeras sillas en las sinagogas y los saludos en las plazas».

En las distintas épocas de la historia, hubo periodos de abundancia y periodos de miseria. También España disfrutó de unos, y padeció en los otros. A pesar de nuestra vida, corta aún en la historia, tuvimos ya experiencia suficiente para ver pasar unos y otros.

Las causas fueron muchas y variadas. Unas circunstancias generales ocasionaron los malos tiempos, que agravadas por gobernantes ineptos y gobernados sin conciencia, hicieron más grave el problema de aquellos tiempos. Cuando hubiera sido más llevadero, si los gobiernos de entonces, hubiesen recurrido como otros países en análogas circunstancias, a remedios heroicos y de valiente decisión.

Después, los avarientos, los sin conciencia, los que viven como los buitres de la desgracia ajena, agudizaban la miseria, o la carestía.

Otra vez nos visita en España, como una repercusión del extranjero, la escasez y la desnivelación de la vida económica.

Las causas, como en otras épocas, son las mismas, aunque tal vez agravadas por las circunstancias especiales de nuestra patria.

El problema es grave, en cuanto que afecta a la alimentación básica de los españoles y sobre todo del pueblo, que carece de medios de defensa en estos periodos de crisis.

El remedio para mitigar en lo posible esta situación peligrosa para los cuerpos y para los espíritus que se inclinan fácilmente a la desesperación, es el remedio heroico de los grandes momentos: AUSTERIDAD.

Simplificar la vida, reducir sus gastos a lo preciso e indispensable, limitar lo que de momento podamos eliminar, imitar algo también a esos otros países que en su época posterior a la guerra redujeron la satisfacción de sus necesidades a lo indispensable, aprovechando hasta lo último todo aquello que antes dejábamos pronto de nuestro uso personal.

Pero en esta AUSTERIDAD habrán de dar ejemplo lo que más fácilmente pueden hacerlo: los gobernantes, las personas todas que dirigen nuestra administración nacional, provincial y local; los que viven de sus riquezas o de sus rentas, y aunque sus medios de vida les puedan permitir seguir disfrutando de muchas cosas para la mayoría supérfluas, que se abstengan y que no hagan ostentación de sus riquezas, que limiten sus gastos innecesarios, que incrementen la vida de caridad o de provecho del prójimo; pues en estos tiempos la ostentación de bienes abundantes de fortuna es pecado de ESCANDALO, ante la miseria de sus semejantes.

Llévese a cabo una campaña de AUSTERIDAD nacional, restringiendo en todo lo posible lo que pueda evitarse de gastos no indispensables, que si desde arriba se da un ejemplo de austeridad, y se inicia una campaña dirigida con un criterio cristiano de mejoramiento de la vida económica del país, el pueblo se hará eco de esa campaña y contribuirá a realizar también una vida austera que haga más llevadera la crisis que España padece en estos momentos.

Jesús de Nazaret, nos señala el camino de la vida sencilla y sin ostentaciones escandalosas. El momento es propicio para imitarle. Vivamos austeramente y evitemos el pecado de escándalo.

¡Ay del mundo por sus escándalos!...
¡Ay de aquel por quien venga el escándalo!

R.

!!Seamos Españoles!!

Cuando en todos los pueblos y en los nuevos Estados se hace pública y entusiasta expresión de patrióticos ideales; cuando vemos que súbditos extranjeros, con legítimo orgullo que yo califico de noble y santo porque eso es «saber hacer patria», ostentan un pequeño emblema de su respectiva nacionalidad, cuando en las grandes festividades religiosas, en las solemnidades académicas, en la inauguración de Centros y Sociedades, en los homenajes tributados a eminencias científicas o literarias y de la política; cuando, repito, en todos estos actos que son manifestaciones de espiritualidad unos, de artes y literatura otros, de regionalismo aquéllos, de cariñosa gratitud popular éstos, se honra, se acata y se reverencia públicamente la fé, el ideal que representa cada uno de dichos actos que son fuentes de vida y de estímulo fecundo para el alma; yo pienso que si con igual ardor, con igual entusiasmo, con iguales arrestos

nos decidiéramos por el concepto *Patria* todos los buenos españoles, los verdaderos españoles, sería un hecho entonces la «afirmación española», hoy más que nunca necesaria.

«¡Querer es poder!...» dice un adagio castellano— pues poniendo en práctica este optimista dilema, al unísono con el amor a la Patria chica, alimentáramos y acrecentáramos en nuestros pechos el amor a la Patria grande, a la Patria Una e Indivisible; y por ende, encontraríamos en todas las ocasiones motivos para honrarla a la faz del mundo, porque quien honra a la Patria se honra así mismo. Y no debiéramos de avergonzarnos en descubrirnos al paso de nuestra gloriosa bandera roja y gualda, ni de traer siempre en sitio visible algún distintivo nacional.

«Colores de sangre y oro
lucen en nuestra Bandera;
¡no hay oro para comprarla,
ni sangre para vencerla!»

Esta gallarda prueba de españolismo neto, debiera extenderse de unas provincias a otras hasta generalizarse en toda la Península, y daríamos los españoles la nota del más puro y castizo patriotismo; palabra que si bien está brotando muy a menudo en muchos labios, no tiene su asiento, su altar en el corazón, desgraciadamente.

Y a esto debieran tender los escritores y literatos españoles, unos por medio del periódico y otros por medio del libro y del teatro: a infiltrar en todos los corazones el amor al suelo patrio, y no a despreciarnos mutuamente y burlarnos sistemáticamente como lo veníamos haciendo, de cuanto llevaba sello español, ahogando así el germen de todo sentimiento noble y levantado, para defender con un exclusivismo insano, tanto en la tribuna como en la prensa, el ideal cosmopolita, hacia el cual pueden abrigarse afectos puros basándose en el proverbio cristiano que nos enseña a «amarnos todos los hombres como hermanos» pero no hasta el punto de sernos indiferente nuestro propio solar y desprestigiarlos a nosotros mismos, pues semejante proceder es un suicidio.

Y la nueva España viene a encauzar el alma popular por los linderos del verdadero patriotismo engendrado y propulsor del progreso de los pueblos y de las naciones. Porque quien ama con fé ardiente el suelo donde ha nacido, tiene que sentirse orgulloso de su prosperidad, y laborará con entusiasmo con cuantos medios tenga a su alcance por su engrandecimiento, y trabajará con los mayores bríos llevando por única norma el hermoso lema «Siempre adelante», hasta lograr ver a su país, a su querida Patria floreciente en todos los ramos del saber humano.

Moisés García Fernández

El próximo año, publicará
este periódico el número
MIL.

La asignatura de Religión en la enseñanza

...El trato religioso con el adolescente debe de ser de una suma cautela; pues es entonces cuando la conciencia humana está más necesitada de un rector prudente y avisado, que haga de la religión algo completamente claro para el alma y además irresistiblemente llano y atractivo. Por eso es un error suspender en religión; pues aparte de que con suspender o aprobar lo que se hace es sancionar un conocimiento (con lo cual habría que dar sobresaliente en religión al Diablo, que para nuestro mal no deja de ser bastante buen teólogo) lo que hay que hacer es estimular y encauzar un sentimiento y el sentimiento religioso ya sabemos hacia dónde se encauza suspendiendo en religión; pues cuando se camina por lo alto de una tapia es siempre lógico caer del lado contrario de donde se nos empuja. Además no creo que haya forma más segura de empequeñecer la religión que la de convertirla en asignatura con sus listas, sus ceros y sus libros de texto con letra chica que no se dá, pero que se cobra...

(Del discurso pronunciado en la Universidad de Oviedo por el Catedrático Ilmo. Sr. D. Antonio C. Floriano Cumbreño en la apertura del curso 1948-1949)

PEREGRINA

Señora, que camináis por Asturias peregrina, decidme: ¿Qué flor lleváis en vuestra mano divina?

Con su aroma penetrante, ¿no será, acaso, esa flor, el símbolo más brillante de nuestro acendrado amor?
—«Llevo las flores hermosas de vuestro filial cariño, porque esta clase de rosas le gustan mucho a mi niño»

Señora: Desde el Auseva que canta vuestras hazañas, ¿Quién peregrinando os lleva por valles y por montañas?
¿Quién a tu Cueva a implorarte fué tus maternas bondades?
¿Qué fuerza logró arrancarte de allí hacia nuestras ciudades?

—«Soy Reina, y vuestra Patrona. ¿No véis que mi frente peina el peso de una corona que me acredita de Reina?»

Señora: Dame la flor y tu corona divina.
¡La rosa que sea de dolor, y la corona de espinal!
Que la flor de tus rosales, que el alma ansía con anhelo, tiene aromas perennales de los vergeles del cielo.

—«Mi flor tu dolor no encona, ni en mi corona te aflijo.
¡Flor de dolor, y corona de espigas, son de mi hijo!

Hermenegildo Rodríguez

Comentando

YO SOY BUENA PERSONA

Así, a primera vista, parece que este enunciado carece de importancia, a menos que se trate de investigar la que para mí mismo pueda tener. Pues no, señor. Este enunciado tiene también su importancia para muchos, y para mis lectores también. Por eso hoy quiero analizarlo en estas columnas.

Si en un puesto de la plaza de abastos, o similar, preguntáis a la vendedora por fulano o por citano, o por mengano, os dirá que es buena o mala persona. Podéis preguntar del mismo modo por mí. Si me conoce, que no sé si me conocerá, os dirá que soy buena persona. Ahora bien: si preguntáis por otro cualquiera a la misma y os responde afirmativamente, y volvéis a preguntar el por qué de su aserción, os dirá fulano es buena persona porque ni roba ni mata ni hace mal a nadie. En esa categoría puedo entrar también yo. Ni maté ni maté en la actualidad a nadie; ni robé ni robo en la actualidad nada; ni hago ni hice mal, que yo sepa, a nadie. ¡Qué bueno soy yo! Esto todo lo puedo demostrar sin gran esfuerzo por mi parte. Las cárceles nunca me brindaron la comodidad de sus celdas para mi descanso, ni mi cara ha sido cruzada por la brisa acariciadora de una mano airada. ¿Son estas bastantes pruebas?

Quedamos en que, según la vendedora de la plaza de abastos, yo soy muy buena persona. ¿Y para los profesionales de otras categorías? Hasta ahora nadie me ha reprochado nada. Nadie se quejó de que

yo con la conducta que pudiera tener en ninguna ocasión haya sido causa de perjuicios inevitables. Si alguno causé, siempre pude demostrar la buena fe de mis intenciones. Además, los perjuicios que haya podido causar a un tercero, debieron ser tan insignificantes, que hasta ahora nadie me ha exigido reparaciones de ninguna clase. ¿Maté? No. ¿Robé? No. ¿Perjudiqué a alguien? No. Entonces, los demás, de acuerdo con el sentir de la vendedora, me tienen también por buena persona. Vox populi. Y esto debe de ser verdad.

¿Y para mí? Aquí ya no cabe decir eso de que si robé, o maté, etc. A los demás, puedo presentarme vestido con un traje de etiqueta, pero el único que a conciencia sabe si llevo puesta la camiseta, soy yo. ¿La llevo puesta? No he de ser yo mismo el que descubra mis interioridades, pero sí estará bien que diga, al menos como descargo de mi conciencia, y para edificación de los demás, que, suprimido el amor propio y esa especie de vanidad que nos ciega, no me veo tan bueno como me ven los demás. Si traigo camiseta, la traigo rota. Y en mejor de los casos, remendada.

¿Qué veo yo en mí que me considero mala persona? No tanto. Mala persona, en realidad, no. Pero tampoco me veo como los demás me puedan ver y juzgar. Yo veo mi interior y no me veo del todo mal. Pero tampoco del todo bien. Quiero aplicar en el examen de mi bondad o maldad las mismas argucias que empleo cuando quiero examinar la bondad o la maldad ajena, y en verdad que no salgo del todo bien parado. Decididamente, yo, aunque sea buena persona, no soy tan bueno que debía de ser ¿Por qué tengo oculta aquella tara que desprecio en los

demás? ¿Por qué cometo las mismas pifias que en los demás condeno? ¿Por qué apasionadamente resto importancia a aquellas cosas mías que en los demás me parecen censurables? ¿Por qué encuentro una razón para explicar tantas y tantas cosas que en los otros me parecen inexplicables? Sencillamente, porque son mías. Luego soy apasionado. Luego no soy justo. Luego no soy tan buena persona como cree la vendedora del puesto de la plaza.

¿Me entendiste, amado lector? Ama al prójimo como a tí mismo, y no quieras para otro lo que tú detestes.

Héro

Almacenes

**Materiales
de
Construcción**

Covadonga, 27 (esquina al parque infantil)

Teléfono 18-17 - G I J O N

Ornamentación Religiosa Artística

Talleres de Escultura, Talla y Dorado

**José Romero Tena e Hijo**

Se construyen en maderas y decoran toda clase de **Imágenes - Altares - Retablos, Andas - Carrozas - Pasos de Semana Santa - Sagrarios** y todo lo concerniente a la decoración de Iglesias, Oratorios y Capillas.

Calle Hierros de la Ciudad, n.º 6
Junto a la Plaza de la Virgen)**VALENCIA****Máquinas de coser y bordar****“ALFA”**

Exposición y venta: Covadonga, 27 (esquina Parque Infantil) Telf. 4039 - G I J O N

ANTIGUA FUNERARIA

— DE —

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 G I J O N Teléfono 17-20

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. P. Vaticano

JOYERÍA-PLATERÍA-RELOJERÍA**Vda. de Melchor Osorio**Relojes, joyas y artículos
para regalo

Moros, núm. 13 G I J O N Teléfono 3382

ALMACENES LA SIRENA**J. A. M. S. A.**PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 G I J O N Moros, 56

La Caja de Ahorros de Asturias

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus Imponentes, y a obra benéfico-social, preferentemente al sostenimiento del preventorio anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

CASA INFANTIL COVADONGA

Pola de Gordón (León)